

La luciérnaga nº33

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL IES LUIS DE LUCENA

¡NO ESTAMOS LOCOS!

No estamos locos: sabemos lo que queremos
(Ketama)

-Yo sé quién soy –respondió don Quijote.
(Miguel de Cervantes)

Para festejar el Día del Libro y homenajear a Shakespeare y a Cervantes de una manera creativa, el 22 de abril se celebró en el centro un emocionante concurso de improvisación literaria. Durante media hora un grupo de alumnos y alumnas de Secundaria y Bachillerato, reunidos en el Aula 027, escribieron sus relatos a partir de una frase motivadora. Se propusieron cuatro comienzos distintos, pero la mayoría optó por la frase: "Yo no estaba loco. ¿Por qué todo el mundo pensaba lo contrario?", quién sabe si por una influencia quijotesca.

El Departamento de Lengua Castellana, tras leer con atención los trabajos, decidió conceder los premio del concurso de Escritura Rápida a **Laura Martínez Fraile** (de 1º Bachillerato), **Jaime Sánchez Orgaz** (de 4ºESO) y **Coral Pizarro Sánchez** (2ºESO). Son los relatos que ofrecemos en este número.

Otra actividad que contó con una nutrida participación del alumnado fue el concurso de marcapáginas. Los trabajos se han expuesto en la vitrina de la Biblioteca. Los ganadores son **Beatriz Martín Ramírez** (4ºESO) y **Esteban Granda** (1ºESO).

TOSTADAS

Yo no estaba loco. ¿Por qué creía todo el mundo lo contrario?

Todo empezó una mañana que al parecer era normal, pero que se torcería cuando le di el primer bocado a la maravillosa tostada de mantequilla y azúcar que mi madre me había preparado antes de coger el autobús para ir al instituto. Después

de dar aquel mordisco mi vida cambió por completo, dependía de las tostadas y más aún de la tostadora. No podía parar de comer tostadas; incluso me llevaba la tostadora a clase para hacerme un par de ellas en el recreo. La gente me miraba mal y se reía, pero lo mejor era que yo no me enteraba porque solo tenía ojos para mis dulces y preciosas tostadas. Llegué incluso a dormir con dos tostadas debajo de la almohada para no sentirme solo en caso de despertarme. Estaba obsesionado. Lo raro fue que no engordé. Bueno, sería porque hago mucho deporte, sobre todo fútbol: juego todos los días. Pero mi obsesión por las tostadas era tal que en vez de ponerme espinilleras me ponía dos tostadas. Increíble, ¿no? Pues para mí, no. Tenía una relación muy intensa con las tostadas. ¿Tan difícil es de entender? ¿De verdad pensáis que estoy loco?

Jaime Sánchez Orgaz (4ºESO)

Yo no estaba loca, ¿por qué creía todo el mundo lo contrario? Simplemente era una manía, algo que había formado parte de mi rutina diario mucho tiempo. ¿Iba a dejarlo ahora que mi jefe me había despedido?

Empezaré por el principio: siempre me había llamado la atención el pelo de la gente. Cuanto más largo mejor. El rubio me entusiasmaba. Entonces vino el maldito cáncer que me hizo perder el mío. Me recomendaron una peluca. Decidí probar. Fui a una tienda de cabello natural. Me encantó estar allí: pelo por todas partes; era lo mejor que había visto nunca.

Poco después empecé a trabajar allí. Había muy pocas pelucas rubias. Fui en busca de donantes. Gracias a mi don de gentes y mi poder persuasorio logré convencer a varias chicas rubias de que donasen su cabello. Lo llevé a la tienda.

-Traía decenas de pelucas cada semana.- le dijo mi jefa a la jueza.

-A veces con restos de sangre. Me asusté.- Se echó a llorar.

La jueza me preguntó si quería declarar. Respondí que no tenía nada que

decir, excepto que mi jefe mentía. Yo era una excelente embaucadora. Así conseguía las pelucas.

-Señora, registramos su casa.- Eso era una puñalada por la espalda. ¿Qué derecho tenían a hacerlo?

-Estaban todas muertas.

Se hizo el silencio. Por fin dejé de oír ese maldito murmullo a mi alrededor. Me giré. No había nadie detrás de mí. ¿Se habían ido? Hubiera jurado que antes estaba todo lleno de gente. Me relajé. En cuanto a que las chicas estuviesen muertas, no le di demasiada importancia. Era el precio que cada una había tenido que pagar por haber nacido con el pelo rubio. Era un daño colateral. La jueza era muy exagerada y no lo entendió así.

Escribo mi historia desde la cárcel. Es la historia de una mujer inocente e incomprendida. Al menos antes de que el juicio acabase pude coger un par de mechones de esa preciosa cabeza rubia de jueza.

Laura Martínez Fraile (1ºBACH)



Grabado de Gustave Doré

Yo no estaba loca. ¿Por qué pensaba todo el mundo lo contrario? De verdad que me había quedado encerrada en una laguna durante doscientos años, de verdad que era una ninfa. Nadie me creía. Me tomaban por una loca. Dejé de preocuparme por eso y caí en que mis padres seguían encerrados, atrapados en ese mundo fantástico; así que, sin pensármelo dos veces, corrí de nuevo a la laguna y me metí dentro. Al salir, me quedé sorprendida, pues no aparecí donde la última vez, sino en una playa que no había visto nunca antes. Un poco

desorientada, caminé hasta una ciudad. Una ciudad rara: tenía una torre con un reloj que marcaba las 20:15. Recorrí un poco las calles hasta que me encontré con Kilian, bueno, Garfio.

-¿Dónde estamos? -le pregunté mirando a mi alrededor.

-Bueno, ¿recuerdas que cuando nos vimos por primera vez te dije que habían pasado muchas cosas? -me dijo.

-Sí, lo recuerdo bien; pero fue hace... - Me interrumpió antes de que terminase de hablar.

-Cien años -dijo.

-¡Cien años! Pero si he estado fuera una semana -dije, sorprendida.

-Una semana en tu mundo, cien años aquí - me dijo, medio riéndose.

-Bueno, ¿me vas a contar por qué estoy aquí? -dije, volviendo al tema inicial.

-Verás: cuando te fuiste, la Reina Malvada lanzó un hechizo sobre todo el bosque encantado y nos encerró aquí en Storybroke. Y ahora nadie puede salir de aquí.

-¿Por qué no?

-Verás: hay una linde en las afueras, una linde pintada en el suelo, y si alguien la cruza, no podrá volver y olvidará quién es.

-Pero cuando te vi por primera vez no estábamos aquí. ¿Dónde estábamos?

-En Nuncajamás -me dijo.

-¡Ah, claro! Me lo debí imaginar: el Capitán Garfio en Nuncajamás.

-Bueno, dejémonos ya de tantas preguntas. ¿Te apetece comer algo? -me preguntó quitándole importancia al asunto.

Empezamos a andar hasta toparnos con un hostel llamado "La abuelita". Entramos y lo que pasó me dejó sin palabras.

-Roja -dijo Garfio, levantando la mano (la que le quedaba).- Mesa para dos.

-¿Roja? Espera. ¿Caperucita Roja? -dije, sin creermelo lo que acababa de oír.

-Claro, ¿por qué me lo preguntas? -me dijo, como si fuera algo normal.

-Me has dicho que aquí vivís todos los habitantes del bosque encantado. ¿Y eso es que todos los personajes de los cuentos viven aquí atrapados? -le pregunté, sin creermelo lo que acababa de decir.

-Claro. Y ahora tú también. Tu cuento está escrito y ya no podrás salir nunca.

Coral Pizarro Sánchez (2ºESO)